



zación de los cuentos árabes, hasta tal punto, que los emperadores griegos, al oír tantas maravillas de su poder y de su ostentación, solicitaron su alianza y amistad; con cuyo motivo, al recibir Abderrahman III á los embajadores de Constantino IX, lo hizo con tal aparato y pompa, que las calles de Córdoba estaban colgadas con los más bellos tapices de Persia y de Egipto, y las murallas con ricos tistes. Edificó para una de sus esclavas, llamada Zahara, una ciudad, que la dió este nombre, á dos millas de Córdoba.

El palacio de la favorita, donde no se habían escaseado ni mármoles, ni oro, ni sedas, ni piedras preciosas, en donde lucían cien arañas de cristal y corría una fuente de azogue que caía en un rico y extenso vaso de alabastro, era el ideal más poético de esas habitaciones encantadas que se describen en *Las Mil y una noches*. Abderrahman fué, al decir de los historiadores, el soberano más poderoso y más rico que se conocía en Europa, y tal vez en el mundo, siendo su reinado solamente comparable al de Augusto. Mas, tan grande y tan poderoso, la España cristiana arrancó de su gloria el triunfo de San Estéban de Gormaz, en donde este tan fuerte Abderrahman III, con veinte mil hombres, fué completamente derrotado en los días del primer rey de Leon. Haremos notar, siquiera sea ligeramente, á los que no ven en esta revuelta Edad media batalladora sino luchas y turbulencias, que sobre ellas vive y se levanta el pensamiento de la fe y de la Iglesia católica, ofreciéndonos en Sahagún el célebre monasterio que sirve de albergue á las letras y de retiro á Alonso IV, llamado el Monje. Ramiro II llega á Madrid y extiende sus conquistas hasta Toledo, sosteniendo antes contra el mismo Abderrahman III una reñida y sangrienta batalla cerca de Simancas.

Almanzor, el enemigo más temible que hasta entonces había perseguido á los cristianos, se propuso la reconquista de toda la Península. Barcelona, Pamplona, Santiago y otros pueblos y ciudades, son víctimas del terrible invasor; Leon queda reducida á una inmensa mole de ruinas. Galicia y Portugal no tienen fuerza para resistirle, y España entera, sin-

tiéndose abatida, pero no vencida, derrota en Calatañazor al que, avergonzado de verse vencido, se deja morir de hambre en Medinaceli, al temido Almanzor, quedando amenazado de muerte despues de estas derrotas el califato de Córdoba. Dignos son de especial mención los condes de Castilla, notables por su valor y por sus servicios á la causa de la reconquista, apareciendo en primer término el famoso Fernán González, que tanto ayudó á los reyes de Leon; su hijo Garcí-Fernández, que concurrió á la batalla de Calatañazor, y D. Sancho García. Aparecen unidos á principios del siglo XI los reinos de Leon y de Castilla, bajo D. Fernando I, llamado el Grande, con el cual empieza en Castilla la dinastía de la casa de Navarra, quedando á su muerte dividido el reino y entregado á las discordias que se siguieron entre sus hijos, y en las que tanta parte tomó el célebre Cid, quien por tres veces recibió juramento de Alonso VI en Santa Gadea, y á presencia de toda la nobleza castellana, para reputarle exento de la alevosa muerte de don Sancho. Toda esta lucha, sostenida por la invencible España, contribuye en esta época á extirpar la dominación sarracena; y mientras el feudalismo en otras lejanas tierras, con sus turbulencias y discordias, menoscaba y detiene el triunfo de la ciencia y política cristianas, la guerra contra la morisma en España no la impide levantar monasterios, silenciosos templos del saber, educando á la nobleza, protegiendo al pueblo, defendiendo á todas las clases; y prepara, en fin, el glorioso advenimiento de los días de los reyes conquistadores de Granada.

Al poder oriental, personificado en los califas, dice Cantú, se opone el del Occidente, personificado en los papas. Los eclesiásticos, ejerciendo el duplicado sacerdocio de la religión y de la justicia civil, administrando esta con solemnidad, sancionándola con premios invisibles y emancipándola de la mera fuerza, fundaron una autoridad inerme. Cuando un emperador intentó encadenar las libres creencias, los pontífices salvaron á la Italia del yugo oriental; de sus contestaciones con los longobardos salió consolidado su poder; y despues, para dar al mundo la unidad política, así como ya le ha-



bían dado la religiosa, renovaron el imperio de Occidente en príncipes, que siendo libremente elegidos, representaban la república cristiana. El primero de estos es Carlo-Magno, que de los despojos de veinte reinos bárbaros forma una vasta monarquía, y que, á la manera del grande Alfredo, procura organizar sus nuevos Estados con arreglo á las ideas religiosas, pacificando, restableciendo el dominio de las leyes y del pensamiento, recomponiendo los tres elementos de la libertad septentrional con sus garantías, de las tradiciones romanas con su administración y literatura, y de la Iglesia con su moralidad y su jerarquía, y consolidando el terreno para edificar sobre él una nueva civilización. Aunque velada por los exteriores acontecimientos, bien se echa de ver esta civilización en Europa al contemplar cómo se reanudaron las tradiciones de las ciencias y de los gobiernos, y cómo el antiguo espíritu de invasión se fué trasformando en espíritu de influencia moral é intelectual.

En tanto que los árabes, cual torrente, suspendido, amenazan con nuevas devastaciones, el Norte y el Oriente envían enjambres de soldados que en naves de corsarios ó en caballos tártaros turban el perezoso sueño de los sucesores de Carlo-Magno. No tardaron, empero, los normandos en trocar las correrías en conquistas, fundando reinos poderosos. Los magyares son enfrenados por Othon el Grande, y con los rusos, polacos y suecos conquistados para el cristianismo, se forma una barrera contra el Oriente, al mismo tiempo que el heroísmo español rechaza á los meridionales.

Hoy que los Estados ya adultos se regulan por las opiniones, no es fácil comprender la naturaleza de aquellos que se regían por sentimientos, ni el orden compacto que entre la aparente anarquía dominaba. Esta unidad, necesaria para oponerse á las discordias intestinas y á las invasiones, se manifestaba visiblemente en la persona del emperador, suprema autoridad protectora, fundada en la universalidad de las creencias, escogida de entre sus iguales y atemperada por ellos, derivada de Dios y tributando homenaje á su vicario en la tierra. Una clase de dominio establecido de es-

te modo excluye la tiranía de un déspota ó de una facción; subordina la fórmula ó la letra muerta al espíritu, á la intención y al carácter personal, y esta armonía entre el poder espiritual y el temporal ha sido asaz desventajosamente suplida con el equilibrio dinámico. Creíase el emperador destinado á defender la cristiandad con el generoso entusiasmo de un caballero, y si los pontífices se mezclaban en los asuntos temporales, allí estaba él para contenerlos en su deber. A su vez los pontífices, representando al pueblo, y siendo elegidos entre él y por él, unían en su nombre y en el de Dios á los emperadores; vigilaban el cumplimiento de los pactos; daban la voz de alerta á la cristiandad siempre que veían la Constitución violada; no dejaban pasar inobservada lesión alguna de la moralidad ó de la justicia, y amenazaban á los criminales obstinados, de cualquier condición que fuesen, con separarlos de la comunión de los fieles, pena moral, cuya fuerza demuestra que expresaba el público voto de la justicia.

Siendo, empero, el vicio capital de la Edad media, dice Cantú, llevarlo todo al exceso, á lo absoluto, aquí también la mútua tutela degeneró en arrogancia y en tiranía, y roto el equilibrio, se llegó á combatir con los anatemas y las espadas. Largas consideraciones merecerían estas disidencias, que retardaron el progreso de la civilización cristiana, amenazando dislocar la unidad, pero de las cuales surgió la constitución política de Alemania, Francia é Inglaterra.

EPOCA UNDÉCIMA

Las Cruzadas

El movimiento general de Europa en esta época, sólo pudo tener lugar en los días en que la fe sobrepujaba á toda otra tendencia, y con los ojos puestos en lo alto, se anhelaba por el cielo, como la eterna patria de las naciones.

Las cruzadas fueron el movimiento general de la Europa germánica; caracterizan perfectamente este período de la historia del mundo, y merecen ser por esto solo detenidamente estudiadas. Son una prueba maravillosa de la influencia que ejerció la Iglesia, aun en medio de las circunstancias más difíciles, sobre los

Años
después
de J.-C.
1096



pueblos germanos, difundiendo entre grandes y pequeños el espíritu del cristianismo, haciéndoles preferir la posesión de los bienes espirituales á la de los de este mundo, moviéndoles á cumplir sus deberes, no á impulsos de la fuerza, sino á la voz de la conciencia, llenándoles á todos de tan grande entusiasmo religioso, que, en un momento dado, logró que príncipes y pueblos se precipitasen sobre el Asia para la conquista de la ciudad Santa. Son además una de las victorias más bellas del cristianismo; porque se vió en ellas á los descendientes de esos bárbaros que en otro tiempo abandonaron las yermas y heladas regiones del Norte, para conquistar otras más templadas y fecundas, animados de un espíritu de conquista enteramente opuesto al de sus antepasados; abandonando sus bienes, sus tierras, sus posesiones; en una palabra, todo lo que el hombre ama y desea, para realizar á costa de las más duras privaciones, de las más rudas pruebas y de la más completa abnegación, una grande y fecunda idea cristiana.

Ese espíritu nuevo que durante las emigraciones de los pueblos había movido en otro tiempo á los príncipes á entrar en la Iglesia á la cabeza de sus súbditos, con la esperanza de consolidar á la vez el trono y el orden público, va á mover ahora á los mismos pueblos á seguir los consejos de la Iglesia y el ejemplo de los reyes, sin que sea necesaria fuerza alguna allí donde la voz de Dios parece hablar y mandar al corazón del hombre (1). Esa lucha magnánima, en que el piadoso entusiasmo de los cristianos se ha de encontrar frente á frente con el fanatismo religioso de los sarracenos, había sido preparada de lejos por una serie de sucesos encadenados unos á otros. Después de la muerte de Jesucristo no habían dejado de pasar á Jerusalem hombres de todos los países del mundo. El ejemplo de Santa Elena, madre de Constantino el Grande, había animado particularmente á los cristianos. La iglesia que edificó sobre el Santo Sepulcro se había hecho ya el lugar de peregrinación más frecuentado.

(1) Cf. *Willelm. Tyrus*, *Hist. belli sacri*, lib. I. (*Bongars*, t. I, p. 640).

En los siglos X y XI fueron muchísimos los que pasaron á Palestina, ya por devoción, ya por el deseo de no tomar parte en los desórdenes del estado y de la Iglesia, agitados entonces por la cuestión de las investiduras. Desde el año 999, Silvestre II había ya empezado á implorar el socorro de la Iglesia en nombre de la devastada Jerusalem; y en 1074, al saber Gregorio VII las vejaciones que tenían que sufrir los peregrinos, concebía ya la idea de ir á conquistar el Santo Sepulcro á la cabeza de un ejército. «Nuestros padres», escribía (1), han visitado muchas veces esa tierra sagrada para consolidar la fe católica; y nosotros, sostenidos por las oraciones de toda la cristiandad, iremos también allí á defender nuestra fe y nuestros hermanos, luego que nos abra el camino la gracia de Jesucristo; porque el camino de los hombres no está en sus manos, sino que es el Señor quien los guía.» En el concilio de Plasencia del año 1095 resonaron las quejas del emperador griego Alexis, y levantó luego la voz el elocuente y entusiasta Pedro el Ermitaño, que contó las angustias de los cristianos de Oriente y proclamó en nombre de Cristo la orden de salvarlos. Encontráronse en el concilio de Clermont, Pedro y Urbano II, que profundamente conmovido, dirigió la voz al pueblo (2) y le dijo: «La tierra donde se levantó el sol de la verdad, donde se ha dignado vivir el Hijo de Dios, donde ha enseñado y sufrido, donde ha muerto y resucitado, después de haber cumplido la grande obra de la redención humana; esa tierra sagrada ha caído en manos de gentiles, y el templo de

(1) *Gregor. Ep.* lib. II, ep. 31: «Jam ultra quinquaginta millia ad hoc se preparant, ut si me possunt in expeditione pro duce ac pontifice habere, armata manu contra inimicos Dei volunt insurgere, et usque ad sepulchrum Domini ipso ducente pervenire.» Véase la segunda carta que dirigió «Ad omnes christianos», lib. I, ep. 49; y otra escrita al conde de Borgoña, lib. I, ep. 46. En el *Chron. Casin.* lib. III, cap. 71, se dice de Víctor III: «De omnibus feré Italie populis Christianor. exercitum congregans atque vexillum beati Petri apost. illis contradens, sub remissione omnium peccatorum contra Sarracenos in Africa commorantes direxit.»

(2) *Willelm. Tyrus*, *Hist. belli sacri*, lib. I. (*Bongars*, t. I, p. 640).



«Dios ha sido profanado; los Santos han sido muertos, y sus cuerpos entregados á las fieras; la sangre de los cristianos ha sido derramada como el agua de Jerusalem, y en torno de sus muros, ¡ay! y yacen aún insepultos sus cadáveres. Lleno de confianza en la misericordia de Dios, y en virtud de la autoridad de San Pedro y de San Pablo, de que soy depositario, concedo indulgencia plenaria á todos los cristianos que, animados de una sincera devoción, tomen las armas contra los infieles. Todo el que muera durante esta santa peregrinación animado de un verdadero arrepentimiento, obtendrá la remisión de sus culpas y la vida eterna.» Dios lo quiere, exclamó el pueblo á una voz. Una cruz en el hombro derecho fué el símbolo de la obra aceptada por el entusiasmo general, fué el signo que debía recordar siempre á los cruzados que los sentimientos y los pensamientos de cada uno eran los pensamientos y los sentimientos de todos; que no había ya distinción entre amigos ni enemigos en esa milicia piadosa y libre que los caballeros debían llevar á la conquista de la ciudad Santa.

Tal fué el gran pensamiento de las cruzadas. Por más que mediasen en ellas consideraciones humanas, es innegable que fué un pensamiento del cielo, pensamiento que agitó durante dos siglos las naciones de Europa, añadió honra y fe á los cristianos; é hizo triunfar el entusiasmo de la cruz sobre el racionalismo, como había triunfado en otro tiempo sobre la razón pagana.

La belicosa é indisciplinada muchedumbre, de que fué jefe Pedro el Ermitaño, estaba ya medio derrotada cuando llegó á Bulgaria, y fué destruida completamente por los turcos. Organizóse, emperó, otra cruzada mejor dirigida, y se triunfó de los sarracenos; se conquistó á Jerusalem en 15 de Julio de 1099, y se fundó el reino de Godofredo de Buillon, ese piadoso monarca que no quiso ceñir su corona en los mismos lugares que ciñó Jesucristo las espinas.

Urbano, autor de esta gloriosa cruzada, no supo la libertad de Jerusalem sino en la del cielo, porque murió en 29 de Julio del mismo

año antes de que llegase á Occidente la nueva de tan grande conquista.

Reseñando brevemente la historia de las cruzadas, diremos, siguiendo á un conocido autor, que el temor de una nueva invasión en la Europa por parte de los musulmanes; el espíritu feudal aventurero y eminentemente religioso de la Edad media; el deseo de visitar libremente, como en los primeros tiempos del cristianismo, los Santos Lugares de Jerusalem, donde se obraron los misterios de nuestra redención; y más que todo, la idea de rescatar estos Lugares del poder de los infieles; tales fueron las causas de las cruzadas, que, encarecidas por las predicaciones de Pedro el Ermitaño, pusieron en movimiento á los pueblos de Occidente.

No todos, sin embargo, tomaron parte en este levantamiento general; porque la Península española sostenía ya desde el siglo VIII una lucha ardiente con los árabes; los pueblos slávicos y scandinavos del Norte sostenían también una encarnizada lucha contra la idolatría. La Francia bajo los capetos, la Inglaterra bajo los normandos, la Italia bajo los mismos, y la Alemania dando treguas á la guerra entre güelfos y gibelinos, fueron las naciones que tomaron parte en las cruzadas.

Urbano II, conmovido por las relaciones de Pedro el Ermitaño, dió en el concilio de Clermont la voz de alarma, que fué correspondida con estas palabras: *Dios lo quiere!*

Sin esperar la época que había fijado el papa Urbano, emprendió su ruta el primer ejército de cruzados; el pueblo, hombres, niños, mujeres, todos iban al Oriente, sin orden, sin disciplina, sin armas, sin provisiones, y sin otro jefe que Gualberto y el heróico Pedro el Ermitaño. Engrosado este ejército cada día, llegando al número de trescientos mil hombres, y obligados á entregarse al pillaje para subsistir, la mayor parte pereció en Hungría ó en el Asia Menor.

Púsose luego en camino el segundo ejército de los señores, llevando á su frente á Godofredo de Buillon, á sus hermanos Balduino y Eustaquio, á Raimundo, conde de Tolosa, Boemundo de Toscana, á su sobrino Tancredo y á otros muchos señores.



El primer hecho de armas de los cristianos fué la toma de Nicea, á que se siguió la de Edesa y Antioquia. Jerusalem fué tomada por asalto despues de cuarenta dias de sitio. En suma, los resultados de esta primera cruzada fueron: la fundacion del reino de Jerusalem, y la de las órdenes militares de los hospitalarios, de los templarios y de los caballeros Teutónicos.

Cuarenta y tres años despues de la fundacion del reino de Jerusalem, y en el reinado de Balduino III, los triunfos del famoso Noradino, sultan de Siria y de Egipto, conmovieron violentamente el trono de Godofredo. A pesar de la enérgica defensa de Joselin de Courtenay, Edesa, la ciudad más floreciente de la cristianidad en Asia, cayó en poder de los infieles. Los cristianos dieron una voz de alarma que resonó en toda la Europa, y que promovió la segunda Cruzada.

La predicó el ilustre San Bernardo por encargo de su discípulo el papa Eugenio III, y tuvo por jefes á Luis VII, rey de Francia, y á Conrado III, emperador de Alemania. No tuvo ningun resultado, porque al cabo de dos años, destruidos ambos ejércitos por el hambre, la guerra y la perfidia de los griegos, se volvieron los dos reyes á Europa.

Entre tanto, Jerusalem, no habiendo recibido los auxilios que esperaba, continuaba sosteniéndose con dificultad contra Noradino, ocupando al mismo tiempo Saladino á Tolemaida. La desgraciada y sangrienta batalla de Tiberiades, en la que cayó prisionero Guido de Lusignan, último rey de Jerusalem, fué el preludio de la pérdida de la Ciudad Santa, que al fin cayó en poder del famoso Saladino.

Una consternacion general se apoderó de todos los ánimos cuando se supo en Europa la toma de Jerusalem por Saladino. A la voz de Guillermo de Tiro, venido del Asia á contar tan infausto acontecimiento, se renovó en todos un entusiasmo igual, si no superior, al que excitó Pedro el Ermitaño. En esta el movimiento fué más general que en las anteriores cruzadas. El emperador de Alemania Federico Barbaroja, el rey de Francia Felipe Augusto, y el de Inglaterra Ricardo Corazon de Leon, fueron los je-

fes esta vez. El ejército de los alemanes se puso en camino para el Asia, donde pereció casi todo. Amaestrados por la experiencia los otros dos, abandonaron el camino por tierra, pero á pesar de esta precaucion, la discordia de los jefes hizo infructuosa la campaña, que no tuvo otro resultado que la toma de la isla de Chipre y la de Tolemaida, hoy San Juan de Acre.

Los desastres que acababan de experimentarse empezaron á entibiar el celo por las guerras santas. No obstante, á la muerte de Saladino, su hermano Malek-Adel, tan valiente, hábil y emprendedor como aquel, amenazaba nuevamente acabar con los últimos restos del imperio cristiano en Oriente.

El papa Inocencio III reanimó el celo religioso de los cristianos y llamó á toda la Europa á una nueva cruzada, la que predicó Foulques, cura de Neuville. Además, Isaac Angelo, emperador de Oriente, á quien su hermano Alejo Commeno habia arrojado violentamente del trono, vino tambien á pedir auxilio á los soberanos de Europa. Los señores de Champaña y de Flandes tomaron la cruz y se pusieron á las órdenes de Bonifacio de Montferrato y del conde Balduino de Flandes, decidiéndose, en asamblea extraordinaria en la Dieta de Compiègne, que el ejército se trasladaria por mar al Oriente. Los resultados de esta cruzada fueron la fundacion del imperio latino, que duró cincuenta y siete años, sin fuerza, sin gloria y sin prosperidad, y el repartirse las provincias del imperio griego los franceses y los venecianos. La dinastía caída de los Commenos fundó en Nicea y en Trebisonda un fantasma de imperio, hasta que Miguel Paleólogo restauró el antiguo imperio de Oriente, ayudado de los genoveses, y fué el jefe de una nueva dinastía.

La quinta cruzada partió de Alemania. Apremiado Federico II por las instancias de Inocencio III, su tutor, habia prometido ponerse al frente de los cruzados; muerto el pontífice, negóse á ello, y fué reemplazado por Andrés II, rey de Hungría, á quien los disturbios de los magnates le obligaron á abandonar la cruzada, encargándose de ella Juan de Briena. Proponiéndose este la conquista del Egipto, se apoderó de Damietta, y hubiera adelantado más si las



inundaciones del Nilo no hubiesen obligado á los cristianos á emprender una desastrosa retirada.

Por fin, Federico II, á quien Juan de Briena dió la mano de su hija Yolanda y cedido todos los derechos sobre el reino de Jerusalem, partió á la Palestina dirigiendo la sexta cruzada, y por medio de un tratado con el sultan Al-Kamel obtuvo la devolucion de Jerusalem; pero consintió en dejar una mezquita en medio de la Ciudad Santa, y esto produjo la más viva indignacion entre los caballeros templarios y hospitalarios que habian peleado con Federico. El emperador entró, no obstante, con sus barones, y se hizo proclamar rey de Jerusalem. Pero aumentándose cada vez más la division entre los cruzados, abandonó Federico á Jerusalem y regresó á sus Estados de Alemania.

El santo rey Luis IX de Francia supo con profundo dolor el ningun resultado de las dos últimas cruzadas y la profanacion de los Santos Lugares por los infieles. Habiendo escapado como por milagro de una enfermedad peligrosa, hizo voto de cruzarse; y á pesar de los ruegos y lágrimas de su madre doña Blanca de Castilla, tomó la cruz y la dió á sus tres hermanos Roberto de Artois, Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou, al señor de Joinville, el fiel y sencillo historiador de esta sétima cruzada, y á la mayor parte de los señores del reino, embarcándose en Aguas Muertas. La toma de Damietta, la cual hubo de entregar más adelante por su rescate, la derrota de la Mansourah (la Masora), el cautiverio del rey y un tratado de paz, pusieron fin á esta sétima cruzada.

La octava cruzada fué dirigida contra Túnez, y tuvo por jefes á Eduardo, rey de Inglaterra, y al mismo San Luis, el cual perdió en ella la vida, muriendo de peste al frente de aquella ciudad.

En el orden social, el servicio tal vez de más importancia que hicieron las cruzadas á la Europa, fué libertarla de la invasion de los turcos, porque dueños del Asia Menor y del Egipto estos bárbaros, se hubieran apoderado de Constantinopla, y sin obstáculo alguno ya, se hubieran lanzado sobre la Europa.

En el orden político, contribuyeron poderosamente á debilitar el poder de los señores feudales y á fortalecer el de los reyes.

La industria y el comercio adelantaron considerablemente, á causa de que las relaciones del Asia con la Europa introdujeron en esta nuevas producciones y artículos de comercio, y más comodidad, gusto y elegancia en las artes útiles.

Bajo el punto de vista literario, la Geografía descubrió nuevos horizontes y se enriqueció con mayor número de conocimientos. La Historia tomó una forma más animada y amena, por el entusiasmo con que supieron pintarnos los cruzados sus hechos, despojando las crónicas de su pesada y monótona aridez.

Las cruzadas dieron origen además á la institucion de la caballería. Para defender á los peregrinos, expuestos á los ataques de los turcos, se establecieron en Jerusalem tres órdenes militares, á saber: la de los Hospitalarios, la de los Templarios y la de los caballeros del orden Teutónico. Los Hospitalarios, ó caballeros de San Juan de Jerusalem, hoy de Malta, se mantuvieron en la Palestina mientras estuvo en poder de los cristianos; mas cuando Saladino se apoderó de Jerusalem fueron mudando de sitio, y se establecieron en Rodas, hasta que Soliman tomó esta isla en 1522; por lo que en 1530 se fueron por orden del emperador Carlos V á la isla de Malta. En 1665 los caballeros sostuvieron contra los turcos uno de los sitios más memorables de que hace mencion la Historia. Napoleon se apoderó de ella en 1798, y en 1800 cayó en poder de los ingleses, que la conservan.

Los Templarios, así llamados por la situacion que ocuparon en Jerusalem junto al templo, fueron instituidos por Balduino, rey de Jerusalem, á fin de defender á los cristianos que iban en peregrinacion á la Tierra Santa.

El orden Teutónico ó de Prusia debe sus principios á unos caballeros de Bremen y Lubek que fueron á visitar los Santos Lugares. Estos fundaron allí una orden, que aprobó el papa Celestino III. El emperador Federico II trajo consigo á la vuelta de su peregrinacion de la Tierra Santa algunos de estos caballeros de Alemania, y les dió la Prusia.

¡Ay de la civilizacion, dice Cantú, si una